

EL TRIUNFO ARGENTINO

POEMA HISTORICO

En memoria de la heroica defensa de Buenos Aires contra el ejército de 12.000 hombres que le atacaron los días 2 a 6 de Julio.

*Bellum importunum, cives cum gente decorum;
invictisque viris gerimus quos nulla fatigant
proelia, nec victi possunt absistere ferro.*

VIRG. *Aenei* XI.

- 1 Hijo de Apolo, tu sublime acento
Suspende un tanto, mientras el furor mío
Lanzándolo del pecho, a su sosiego
Torno mi espíritu hora enardecido.
- 5 Mi trompa es débil, celestial la tuya,
Por eso teme el acorrerme Clío;
Mas el triunfo alto de mi patria amada,
Al alma inspira ardor desconocido:
Déjame cantar, deja que ceda
- 10 Esta vez mi rubor al patriotismo.
Grata a mis votos ven, divina Musa,
Bate tus alas, baja del Olimpo,
Y pues enseñas a cantar proezas,
Anime tu favor mi plectro tibio.
- 15 Rayó una aurora en que indignado el cielo
Permitió en desventura que los brillos
De Buenos Aires, por sorpresa infausta,
Quedaran tristemente obscurecidos.
Pero este aciago día, recordando
- 20 A sus hijos su ser y el poderío
Del Dios que fascinados ofendieran,
De su felicidad fué el gran principio.
Desde entonces sumisos venerando
Del grande ser los soberanos juicios,
- 25 Postrados a los pies de los altares,

- Imploraron con lágrimas su auxilio.
No fueron vanos tan humildes votos,
Los oyó el cielo y suscitó propicio,
Al grande héroe del Sud, nuevo Pelayo,
30 Que supo, como aquel, favorecido
De brazo celestial, destruir el trono
Que el contemptor de los romanos ritos
Osada levantara en este suelo,
Sosteniendo su espada el edificio
35 Del culto y religión de nuestros padres.
Libre ya Buenos Aires del abismo
De males que su ruina apresuraban,
Gozosa vió reflejos peregrinos,
Que preparaba a su esplendor el jefe;
40 Vió su celo incansable; fué testigo
Del alto esfuerzo con que su entusiasmo
Emprendió en los vecinos infundirlo.
No se engañó el caudillo: halló habitantes
Dispuestos a exceder en heroísmo
45 A falanges guerreras que sus vidas
Consagraran al bélico ejercicio.
Tanto es el fuego que sus almas nutre
Que ¡oh! ¡quién lo creyera! el parvulillo
No tanto aprende la invención de Cadmo,
50 Cuanto ejercita el movimiento activo
Con que el guerrero los cañones juega.
El que de Ceres los tesoros ricos
Buscando se afanaba; el que en el templo
De palas solo hallaba regocijo;
55 El que en busca de próspera ventura
Siguió las huellas que estampó el fenicio,
Miran con odio el plácido sosiego;
Las armas buscan, el marcial ruido
Es continuo embeleso de sus almas,
60 No teniendo otro anhelo, ni otro ahinco
Que el aprender la militar pericia.
— Tiende la vista, Soberano digno,
Honra este suelo por momentos pocos;
Ve allí acampado cabe el ancho río

- 65 Ese ejército grande; vé la veste
Militar que los orna; vé el crecido
Número de estandartes y banderas;
Vé cual se puebla de ordenados tiros
El aura conmovida; cual varían
- 70 Diestramente sus puestos al sonido
Del clarín y atambor. ¿Qué tropa es esta?
Preguntarás, Monarca muy benigno.
Oh! ínclito Señor, esta no es tropa,
Buenos Aires os muestra allí sus hijos:
- 75 Allí está el labrador, allí el letrado,
El comerciante, el artesano, el niño,
El moreno y el pardo: aquestos solos,
Ese ejército forman tan lucido.
Todo es obra Señor de un sacro fuego
- 80 Que del trémulo anciano al parvulillo,
Corriendo en torno vuestro pueblo todo
Lo ha en ejército heróico convertido.
Esta llama feliz la ha fomentado
- 85 Vuestro vasallo fiel, vuestro caudillo,
El ilustre Liniers. En su presencia
Se ve a Marte en los pechos argentinos.
Este marcial furor irresistible,
Auxiliado, Señor, del alto empireo,
- 90 Ligará ya con eternal cadena,
A vuestro excelso trono, estos dominios.
Mas, ¿qué súbito trueno me horroriza?
¿Quién allá con horrisonos bramidos
Conturba toda la mansión del Orco?
- 95 ¿Qué fantasma es aquel? ¿O que vestigio?
Alecto... Alecto... el pavoroso monstruo,
De Plutón y la noche producido,
Levanta su cabeza de culebras,
Crinada con horror. El lago Estigio
- 100 Con ondas espumosas se embravece;
El Cerbero, con hórridos ladridos
Hace temblar el Erebo profundo:
Así el pavor en torno del abismo,
Súbito esparce el iracundo monstruo,

- 105 Al ver la capital, al ver sus hijos,
Al ver sus habitantes que resisten
Con guerrero poder sus maleficios.
¿Será posible, brama, ardiendo en ira,
Que solo en este pueblo mi dominio
- 110 Hollado he de mirar yo que a Britania
Armé contra él? ¿Que la hayan abatido
Podré sufrir? Si miro indiferente
Esta victoria y los preparativos
Que le concilian eternal sosiego,
- 115 ¿No se verá ultrajado el poder mío?
Si el británico orgullo así se abate,
¿Quién podrá hacer valer ya mi designio
De ejercitar mi saña entre los hombres
Turbando el mundo nuevo y el antiguo?
- 120 No, no es posible: emprenderé de nuevo
Rendir a mi furor el argentino.
El tartáreo monstruo se resuelve
A valerse otra vez del atrevido
Bretón; su cuerpo sanguinoso arrastra
- 125 Por entre breñas y escarpados riscos,
Y llega a Albión; allí distintas formas
Toma a la vez, apura el artificio
De su pecho infernal, y así enfurecen
Al ánglico guerrero sus bramidos:
- 130 “¿Qué? El trono ilustre de la Gran Bertaña,
El templo de una gloria, en tantos siglos
Buscada entre la sangre y la fatiga,
Verá enlutada con un velo indigno?
¿Verá una porción de meros habitantes,
- 135 De Belona e nel arte aún no instruidos,
Borrará impunemente tanta gloria?
Una nación que ha visto hasta el Olimpo
Encumbrado su nombre ¿sufrir puede
Ser burlada de míseros vecinos?
- 140 ¿Vosotros sois los célebres britanos
Que os gloriais de haber solos resistido
¿De Napoleón al soberano esfuerzo?
Vosotros sois aquellos que habeis dicho

- A la faz de la Europa, que un britano
145 Es bastante a rendir cuatro argentinos?
¿Qué se ha hecho pues vuestro marcial aliento?
¿Dónde está que no os veo enfurecidos
La venganza llevar a aquellos mares?
¿Cómo olvidáis el nombre esclarecido
150 Que Malborough os diera? ¿Los países cultos
Qué dirán de Britania?" Más no dijo:
Contra la Capital clama la plebe,
El comercio, el gobierno hacen lo mismo;
Se alegra el monstruo del feliz suceso
155 Y rauda baja al infernal Cocito.
Retumba todo el hórrido Aqueronte
Al tronar de su voz; hienden sus silvos
Toda el aura letal: llama a la muerte.
Al oír la muerte el trueno repetido,
160 Rápida sube en su tremendo carro
Que al monstruo Guerra ordena conducirla.
Esta con rojo azote, abrumba, agita
Los rabiosos caballos denegridos,
Y el carro guía a do el bretón navega.
165 Los bajeles de Albión el cristalino
Océano hienden y espumosa senda
Patente dejan por doquier han ido.
He ahí que abordan la marcial ribera
Y un bosque forman sobre el ancho río.
170 Aqueste amago el español aliento
De ningún modo abate; endurecidos
A la tierna impresión que ante su vista
Tristes cuadros presenta, nuevos bríos
Sus ánimos recobran: con faz leda
175 A Marte espera, pues lo ven propicio.
Viendo el ánglico jefe la Ensenada
Ofrecerle sus playas sin peligro,
Las llena diestro con sus vastas haces
Y las pone ordenadas en camino.
180 Esta noticia, rápida volando,
Por el pueblo discurre, y ya el caudillo
▲ las armas lo llama; en el momento,

- Por todas calles número infinito
De ilustre juventud a los cuarteles
185 Correr se ve, llevando tras su brío,
Tras su heroico valor, tras su entusiasmo,
Al natural, al cuarterón y al hijo
Del tostado habitante de Etiopía.
Entre la muchedumbre, el jefe mismo
190 La bandera tremola, y con semblante
De una alma generosa solo digno,
Anima y dice que se acerca el anglo
Por la segunda vez a ser vencido.
No de otra suerte el general hispano
195 Discurre las legiones expresivo,
Que cuando el Ganges caudaloso corre
Y va tomando de los siete ríos
El tributo que plácidos le rinden.
¡Tierno eco de la sangre! ¿Quién deshizo
200 Al tiempo de esta alarma tus impulsos,
Que jamás aún el héroe ha resistido
Cuando a la guerra y a la muerte marcha?
¡Almas sensibles! ¡Corazones píos!
El pasmo perdonad que me anajena
205 Al pensar en tan alto patriotismo.
La tierna madre en su regazo oprime
Y baña con sus lágrimas al hijo
Que huye sus brazos y a la lid escapa:
La esposa, el corazón más afijido
210 A su consorte ofrece, en los momentos
Que lo roba el honor al atractivo
De su plácido seno; el tierno infante
Sus brazos cruza, que la vez de grillos
Hacen del padre en las rodillas caras,
215 Y se deshace en lúgubres gemidos.
Así el hijo, el consorte y aún el padre,
Sin dar estima de la sangre al grito,
Corren al duelo y a los grandes riesgos.
El dragón fuerte y el feroz marino:
220 El infante aguerrido, el artillero,
El castellano y diestro vizcaino,

- El asturiano y cántabro invencible,
El constante gallego, el temible hijo
De Cataluña, el arribeño fuerte,
225 Y el andaluz se aprestan al conflicto;
Los pardos, naturales y morenos
Pruebas dan de lealtad y patriotismo.
Vuelta triunfante o féretro glorioso
Es del húsar el único partido;
230 El labrador y fiel carabinero
Y el cazador no tardan en su auxilio:
Prepárase también ¡oh Buenos Aires!
El bélico furor de tus patricios,
Y a la lid se disponen: ya están prontas
235 Las falanges guerreras: ¡cuánto brío
Y alegría presentan! Ya la marcha
Ordena el atambor. Al enemigo
Con ansias todos de encontrarlo, corren,
Y a vencer o morir comprometidos,
240 D esus padres tres sí los votos llevan.
¡Pasmosa intrepidez! ¡Qué vaticinio
Ofreciste tan próspero a la patria!
¡Oh! ¡cuál mudaste ante los ojos míos
La palidez de las matronas indias,
245 Haciendo arder sus rostros amarillos
La llama que en sus ánimos prendiste!
“Andad, varones”, no faltó quien dijo,
“De esta gran capital habitantes:
Ledos marchad, destruid ese enemigo,
250 Que viene a degollar a vuestras hijas,
Vuestras esposas, vuestros tiernos niños,
Y todo lo que hasta hoy formó el objeto
De vuestro amor y paternal cariño.
Adiós nuestra esperanza, adiós campeones,
255 Triunfadores volved esclarecidos.”
Así por entre armónicas sonatas,
A cuyo són marchaba el argentino,
Se oyeron resonar aquestos rasgos
De algunas heroínas, y festivos
260 Respondían con vivas los guerreros.

- Así a otras también, cual torbellino
El varonil ejemplo las relata
Y de farda marcial con muy prolijo
Cuidado se ornan, y después de armadas,
265 Abandonan su hogar para seguirlos.
Mientras el pueblo nuestras tropas dejan,
El britano Grawfurd se avanza altivo
Dando prisa y fervor a su columna.
270 Coronado se juzga; ya en batalla
Los hispanos lo esperan; ¡con qué ahinco,
Con qué impaciencia anhelan se decida
La suerte de sus armas, convencidos
De su alto esfuerzo y su sagrada causa!
275 Pero Grawfurd se asombra; ha distinguido
La línea formidable que la entrada
Por la puente le impide; observa activo
La inmensa artillería que arrasarlo
Pavorosa le amaga, y advertido
280 De sus guerreros, el consejo escucha
Que no admite la acción: toma el camino
Que al paso de la Esquina recto guía
Y sin óbice a puestos escogidos
Sus batallones pasa. El jefe hispano,
285 Destaca una legión para batirlos.